

No es Gijón hija de un azar milenario, ni el fruto casual de una nada ancestral perdida en la penumbra histórica lejana. Es, más bien, hija de la necesidad y de una determinación extraña a cualquier lógica. Nació Gijón, como Afrodita, de las olas, de la mar inmensa y oceánica, de la mar creadora que todo lo genera, de la mar imperiosa que todo lo ordena, de la mar violenta que todo lo transforma, de la mar furiosa que ruge como un león en la oscura selva del agua. Como el león es determinante de la selva, la mar es determinante de la tierra. Y eso es precisamente Gijón: tierra constituida y determinada por el indómito mar Cantábrico.

Es Gijón fruto fecundo de la confluencia, del eterno encuentro del mar con la tierra. De esa comunión difusa nació esta ciudad confusa, mezcla de tantas esencias. De esencias de mar y de esencias de tierra. Somos hijos de la ambigua confluencia y llevamos en el alma la indeterminación propia de todas las confluencias. Somos a la vez mar y tierra sin ser ninguna de ellas. Tenemos el alma hecha de agua y de arena. Lo que nos vuelve líquidos, cambiantes y sin consistencia. Nada tenemos que ver con el contrapunto de la piedra, que es Oviedo, soberbia de la piedra, antítesis y negación de la arena. Nosotros somos hijos del desasosiego del mar y del espíritu movido de la arena. Gijón es el sueño de la mar que quiere ser tierra y el ansia de la tierra que sueña con ser océano. Es Gijón la suave boca de arena en la que un mar bravo y furioso entra a desovar sus violencias, hasta volverse tan estático y quieto como la tierra. Y es Gijón, a su vez, la tierra osada y atrevida que penetra en la mar dispuesta a vivir la locura y la libertad de las olas, a sentirse tan cambiante, poderosa y viajera como el océano. Esa anárquica ensoñación contradictoria explica la ambivalencia de toda nuestra existencia. Somos el ansia de lo contrapuesto. La contradicción es el músculo y la hilatura con la que tenemos tejida el alma, y de ahí brotan nuestras constantes e inexplicables piruetas.

Salió Gijón de la mar oceánica como emerge del agua siempre la tierra: ya casi hecha. Salió Gijón del océano con cuerpo inconcluso de península, pero alma de cerro, espíritu encastillado entre arenas y convertido por nacimiento en turbia selva de aguas y tierras. Como tantas morfologías marinas, es Gijón un don de los dioses, la huella dejada en la arena por una graciosa dádiva divina. Pero Gijón está hecha por la mano de un dios menor y negligente, y de sensibilidad limitada para la belleza. Es Gijón la hechura de un Dios de mano chapucera, que pudiendo regalarnos la divina perfección que poseía se contentó con darnos algo mucho más imperfecto. No poseemos la divina perfección de otras bahías, ni tampoco la ilimitada belleza de esas ciudades marítimas en las que un Dios perfecto dejó su huella suprema. Nuestro Dios negligente nos concedió únicamente un pálido reflejo de la hermosura divina, algo así como una lágrima furtiva. Está hecha Gijón a imagen y semejanza de ese Dios negligente. No cabe por eso asombrarse de nuestra negación ancestral para la belleza arquitectónica o la forma estética. Llevamos en el alma esa mácula de imperfección que pesa determinadamente sobre nuestra existencia.

Dice poéticamente Hesíodo en su «Teogonía»: «Primero fue el Caos, luego la Tierra con su ancho pecho, perenne sitial inmovible de todos los inmortales...; y luego fue Eros, el

Del alma de Gijón

POR LUIS MEANA

más hermoso entre todos los dioses inmortales, el que agita los miembros, el que domina el pensamiento y el cuerdo querer de todos los dioses y los hombres». Es Gijón hija del Caos. Del caos salimos y a él volvemos siempre. Somos una condensación del caos que ha ido dilatándose anárquicamente. Somos un minúsculo promontorio al que un Dios desconocido «insufló en su nariz un alma viviente», un aliento de vida que, inexplicablemente, ha pervivido durante milenios. En esa dorada arena que rodea y acaricia a ese altivo y encrespado cerro nació un día ya muy lejano la «yerba verdín germinadora de toda simiente» de la que brotó ese Eros vital llamado Gijón, fuerza interior que ninguna circunstancia histórica ha podido frenar ni ninguna pulsión anárquica matar, y que nos ha traído desde el origen hasta la contemporaneidad misma. Flota Gijón en el agua de la historia como una nave a la deriva que no hubiera tenido nunca un timonel firme que la orientara. Flota Gijón en el agua como un naufragio perdido en medio de la eternidad infinita. Ése es el sino de Gijón y ése es su destino. El milagro de un hábito vital que recorre la longitud entera de la historia humana sin columna vertebral que la sostenga, rompiendo así las leyes de la gravitación y de la lógica.

La Naturaleza, no la Civilización, es nuestra madre y progenitora. Antes que «oppidum», «pobla» o «urbs» fuimos playa en ausencia de toda existencia. En nuestro principio hay una naturaleza exuberante delectándose en su propia belleza, magia que no puede expresar ningún nombre, ni reproducir ninguna lengua. A ese paraíso originario sin nombre se le llamará mucho más tarde Gijón, palabra misteriosa y mágica que nos baña el cuerpo como un dulce bálsamo. Sorprendentemente llama el Génesis «Gihón» o «Gijón» al cuarto de los ríos que rodean y riegan el Paraíso, junto con el Píson, el Éufrates y el Tigris. Gijón es el resonante nombre de un antiquísimo misterio que no ha logrado aclarar el conocimiento, ni ha sido capaz de desvelar la «mnemose» de las musas.

Venimos de la noche informe, de una antigüedad

remota anterior a lo seco, cuando las tinieblas aún cubrían la superficie del océano y cuando cielo y tierra, día y noche, hombres y peces aún se confundían en el magma originario de la existencia. Existíamos como bahía aun antes de que el tiempo existiera. Somos coetáneos de la hora prodigiosa en la que nacieron los primeros dioses. Gijón es una astilla de eternidad caída de la eternidad misma. Una costilla de la naturaleza que una divinidad distraída olvidó en esta duna desierta. Somos un Paraíso perdido colocado entre peñas agrestes y olas que batan con la desasosogada violencia que nos caracterizará siempre. Nuestro mismo nombre es un misterio que se resiste a la etimología, y nuestro origen se pierde en las laberínticas oscuridades de la arqueología. De toda esa cerrada penumbra histórica restan cuatro pobres vestigios romanos. Nada que pueda descifrarlos. Porque eso sería como creer que



*Nació Gijón, como Afrodita,
de las olas, de la mar
creadora que todo lo
genera, de la mar
imperiosa que todo lo
ordena*

*Esta ciudad es el sueño de
la mar que quiere ser tierra
y el ansia de la tierra que
sueña con ser océano*

*Sorprendentemente llama
el Génesis «Gihón» o
«Gijón» al cuarto de los
ríos que rodean el Paraíso*



uno ha descifrado el insondable misterio de Dios sólo porque ha logrado deducir que porta una majestuosa barba blanca. No sabemos lo que somos y menos todavía conocemos la nada que hemos sido. Somos una de esas cosas que los dioses saben y los hombres ignoran.

En las poéticas del origen siempre hay una pena, un altozano, un punto milagroso —el Helicón de Beocia o el Sinaf de Moisés— en el que unos lugareños consumen su existencia vigilando cuidadosamente su miseria. Hasta que unos ángeles o arcángeles vienen a anunciarles los misterios del Señor del Universo. Tiene también Gijón, en su modestia, su propia poética: la «peña tajada» del Cerro de Santa Catalina, a la que también le hemos inventado grandezas arqueológicas para revestir a tan humilde promontorio de nobles ropajes genealógicos, que vendrían a ser como las insignias irrefutables de su importancia histórica. Palabras o evocaciones mágicas como Noega, Aras Sestias, Gigia, Civitate Gegione, lápidas históricas, Cronicones, Tarif Aventaric, cultura ancestral, monasterios antiguos, emperadores, fueros o gigantomaquias —a las que, por lo demás, somos tan propensos— de ancestros nuestros que quebraron el cuello del dragón o abrieron en dos, como Moisés, las aguas del océano. Pretensiones que no son más que fogosas poéticas que tratan de encubrir la realidad fáctica de unas toscas guardias de montaña y un mísero, apartado y rudo pueblo, «terras antea ignobiles», que ni comercian ni se desarrollan porque, como dice el poeta anónimo latino acerca de los cantabros, tienen «áspero el clima, mísero el suelo, hórrido el sitio, brava la costa, feroz la gente». Todas esas idolatrías antiguas, toda esa mitificación provinciana no es, sin embargo, nada ante la verdadera grandeza de ese espacio vacío sin nombre ni pobladores, ante esa duna caída del cielo: el milagro duradero de una Naturaleza exuberante mucho más majestuosa que cualquier vestimenta histórica.

Duerme esa naturaleza floreciente, muy anterior al hombre, el sueño de sus muchos siglos como una bellísima sirena que se estirase plácidamente sobre un dorado lecho de arenas, sobre un edén anterior a todas las civilizaciones y certezas, y en el que el hombre es sólo una anecdota. Es Gijón un bello pañuelo al que la naturaleza bordó las iniciales de Dios, su divino dueño. Lágrima furtiva de una desdiosa mirada divina a la que no ha hecho más que estropear el hombre. Es Gijón una yerba arrullada por el océano, un árbol caótico entre los árboles silvestres de Asturias, un paisaje de agua que resplandece a la luz de la luna, viejas aldeas que guardan recuerdos milenarios, robles centenarios que llevan prendidas de sus ramas la vida de tantas generaciones desaparecidas. Gijón es el nombre del Edén que constituye nuestra única certeza. Paraíso perdido al que tantas veces hemos atribuido las frases embelesadas de «El cantar de los cantares»: «Tu vientre es un cúmulo de trigo de lirios rodeado», «tu cutis un paraíso de granados con toda suerte de frutos delectosos, nardo, azafrán, caña aromática y cinamomo, con incienso, mirra, áloe, y todo género de bálsamos».

Paraíso de yerbas, árboles y mares ante el que sólo podemos repetir la bíblica sentencia: «Nos robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos». Incluso no siendo esos ojos verdes los más bellos, ni teniendo ese cuerpo de bahía la divina perfección de enseñadas más magníficas, esos ojos azules de mar y verdes de yerba verde son para nosotros un amor sin cura ni remedio. Un amor que nos consume en cada contemplación o imaginación melancólica de esa bahía asimétrica que es áureo reflejo de nuestra alma de caos y de anarquía.

El gran sorteo del verano de LA NUEVA ESPAÑA

de puntos de la casilla cartilla

